

Jerusalén Este

Carlos LARRINAGA
Historiador y Profesor Titular de Universidad

Mucho han cambiado las cosas desde la última vez que estuve en la capital palestina el pasado mes de abril. Entonces no tuve ningún problema para acceder a la explanada de las mezquitas. Aunque tengo que decir que, para los no musulmanes, no resulta especialmente fácil entrar. De hecho, en las ocasiones anteriores en que lo había intentado, no había podido. Primero, por los horarios, bastante restringidos y siempre condicionados a los tiempos de rezo de los fieles de Alá. Y segundo, porque ante cualquier síntoma de incidente, por mínimo que sea, los militares israelíes cortan el ingreso. No debemos olvidar que estamos en un punto especialmente caliente de Jerusalén Este. Parte de la explanada misma está situada sobre el muro de las lamentaciones, vestigio del Segundo Templo de los judíos. Además, se supone que fue en esa llanura donde Abraham trató de sacrificar a Isaac, por lo que los hebreos también lo consideran un lugar santo. Desde el Domo de la Roca, la mezquita cuya famosa cúpula dorada sale en todas las postales y fotos, cuenta la tradición que Mahoma ascendió a los cielos. ¿Se puede pedir más carga simbólico-religiosa en un espacio tan acotado? Pero es que, incluso, los no musulmanes debemos penetrar en dicha planicie a través de un pasadizo elevado que tiene su entrada en las mismas proximidades del muro de las lamentaciones. De ahí que, como digo, cualquier sospecha de que pueda haber algún incidente se salda inmediatamente con el cierre de la valla. Y esto es bastante habitual, la verdad. Es frecuente que algún judío ultra-ortodoxo o algún exaltado trate de querer entrar allí para airar y provocar a los musulmanes, generando cualquier tipo de disturbio. Cuando esto sucede, el paso queda vedado a judíos y cristianos, pero no a los mahometanos que no acceden por aquí, sino por las distintas puertas del barrio árabe de la ciudad vieja. Por eso, resultó excepcional la medida decretada por el ejecutivo de Netanyahu de impedir los accesos a los propios musulmanes el pasado jueves 30 de octubre. Era algo que no había sucedido desde 1967, cuando las tropas israelíes entraron en Jerusalén Este, entonces bajo jurisdicción de Jordania. Ante el más que posible aumento de la violencia en la zona, finalmente las autoridades israelíes regularon en parte y permitieron la entrada a dichas mezquitas al día siguiente, viernes de oración, a los mayores de 50 años.

La causa de una medida tan drástica estuvo en el atentado sufrido por un conocido rabino radical a manos de un ex preso palestino. Lo cierto es que desde la primavera la situación en Jerusalén Este ha empeorado sensiblemente y los brotes de violencia son muy numerosos. El secuestro y la muerte de tres jóvenes judíos en las proximidades de Hebrón a manos de simpatizantes de Hamás ha desencadenado una violencia no vivida en la ciudad desde hacía años. La venganza vino en forma de secuestro de un joven palestino que apareció horas más tarde quemado en Jerusalén Oeste. Poco después, Israel declaraba la guerra a Hamás invadiendo Gaza. El hecho de que el conflicto terminara en tablas y la popularidad de Netanyahu muy tocada no hizo sino aumentar una oleada de simpatía internacional hacia la causa palestina, materializada en dos circunstancias de carácter distinto, pero significativas. Por un lado, la conferencia de donantes para la reconstrucción de la Franja celebrada en El Cairo, con un éxito llamativo, habiéndose recaudado incluso algo más de lo esperado por la Autoridad Nacional Palestina. Por otro, el reconocimiento por parte de Suecia del Estado palestino, lo cual parece haber levantado más ampollas aún en los mandatarios israelíes. La clave no reside en si Suecia es o no una primera potencia política, sino en que es el primer país que, siendo partícipe de la UE, reconoce a Palestina como estado independiente. Esto, sin duda, abre una brecha en el seno de la Unión, ya que podría ser imitado por otros estados miembros. Por cierto, algunos ya lo reconocieron antes de su pertenencia a dicho club. Incluso, que el Parlamento británico y el Senado irlandés estén demandando a sus gobiernos una medida como la sueca no pasa desapercibido.

Una vez más, la respuesta de Netanyahu ante estos hechos no se ha hecho esperar. Llevado por su ceguera política y sus continuas cesiones a grupos aún más radicales que el suyo de la ultraderecha, lo único que se le ha ocurrido anunciar es la creación de nuevos asentamientos en

Jerusalén Este, a pesar del rechazo unánime internacional. El objetivo de estas nuevas edificaciones sería tratar de cortar los posibles lazos de comunicación futuros entre esa ciudad y el resto de Cisjordania, aislando así a la capital e imponiendo la discontinuidad territorial. En un momento en que estamos celebrando el 25 aniversario de la caída del muro de Berlín, no puedo evitar un cierto paralelismo entre la futura Jerusalén Este y el Berlín Oeste de entonces, en caso de que dichas construcciones se lleven finalmente a cabo. No olvidemos que, según el Derecho Internacional, una potencia ocupante no puede transferir población al país ocupado. Es más, la anexión de Jerusalén Este al Estado de Israel no está reconocida. La erección de dichas viviendas va simplemente en contra de cualquier propuesta de paz que necesariamente tendrá que darse a corto o medio plazo. Esto apenas parece importarle a Netanyahu si tenemos en cuenta que bajo su mandato ha sido cuando más casas ilegales se han levantado en suelo ocupado desde 1967. Ha batido todos los récords y no parece que, de momento, vaya a cejar en su empeño. Pero el problema no radica sólo en que la comunidad internacional finalmente le deja hacer, sino también en la propia sociedad israelí, que no termina de concienciarse de la necesidad de llegar a acuerdos con sus vecinos palestinos a favor de dos estados en convivencia y un espacio económico común. Es llamativo que sectores predominantemente urbanos que en el pasado tuvieron especial empuje en esta dirección hoy parecen anestesiados. Desde el exterior se podrá ayudar, pero es necesario que desde dentro surjan sinergias en esta misma dirección, arrebatando el protagonismo a los elementos más radicales. Entretanto, atentados palestinos en la línea del tranvía, constantes provocaciones de judíos radicales en la explanada de las mezquitas y una tensión asfixiante que no me sorprendería que culminase en una nueva intifada. ¿Acaso será lo que está buscando Israel para desacreditar a los palestinos?

6 de noviembre de 2014